

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

EL LIBRO EN LA ENCRUCIJADA

MI oficina universitaria, como muchas de las de su especie, se halla literalmente forrada de libros. El estudiante que, hace todavía muy pocos años, traspasaba por vez primera su umbral soñando experimentar —o expresar— cierta sorpresa, y por ventura cierta admiración («¡Cuánto libro!», «Y, ¿son todos suyos?») no incompatible con unas gotas de incredulidad («¿Los habrá leído todos?»). Nuestro hombre había visto, por supuesto, infinitamente muchos más libros en las estanterías de las bibliotecas, pero una monumental biblioteca pública de cuatro millones de volúmenes parece menos fuera de lo común que un cubículo privado con cuatro mil. El último es para una persona determinada; la primera, para todos y para nadie.

Aun quedan estudiantes que manifiestan asombro, o fruición, ante cuatro paredes recargadas de lomos y títulos, pero van siendo los menos. Lo corriente ahora es que el estudiante no preste gran atención a las rimeras de volúmenes que subitáneamente lo circundan, o que si repara en ellas reaccione con una pizca de hostilidad («¿Para qué tanto libro?», «No estamos para libros», «Sabiduría muerta y posiblemente falsa»).

Es fácil licenciar esos desamores con las cantinelas usuales: «Esos jóvenes, que se dicen estudiantes, son, en realidad, unos bárbaros, amén de unos perezosos rematados. Con la excusa de que hay que vivir nuestra época, se limitan a vivir al día. Creen que la calle enseña más que los libros (o que las aulas), pero en la calle no se aprende lingüística transformacional o mecánica cuántica. Para saber algo un poco a fondo, hay que quemarse las cejas. Otros: esos jóvenes descubren cada mañana el Mediterráneo. Si fuesen más leídos, sabrían que no poco de lo que rumian consta ya, y mejor, en los libros que les traen tan sin cuidado. Recuérdese a Goethe (o a Mefistófeles, transcrito por Goethe): «Gris es toda teoría, y áureo el árbol verde de la vida». O a Antonio Machado (con algunos cambios): «Desprecian cuanto ignoran». Claro que todo eso se dijo con otro propósito, pero va como anillo al dedo. Etcétera.»

No es menos fácil apuntalar la librofobia mencionada con grandiosas lucubraciones: «La edad de los libros ha llegado a su ocaso. La imagen ha sustituido a la palabra. La televisión ha dado al traste con el libro. Nuestra época electrónica rechaza la comunicación meramente lineal para abrazarse a la comunicación global. Nos relacionamos con el mundo y con nuestros prójimos mediante sensaciones totales y no en función de intenciones vicarias». O bien: «Leer libros es un mero (y pálido) reflejo de vivir. La letra impresa es palabra muerta. Ha llegado el momento de actuar y no de hablar (o escribir, o leer). Una acción vale por una biblioteca entera. Etcétera.»

Como siempre, hay un grano de verdad en lo sobredicho. Los jóvenes son harto perezosos —y los menos jóvenes, empiezan a serlo—. La calle enseña mucho, pero sólo si se está dispuesto a aprender, y en todo caso no enseña ni geometría proyectiva ni química del carbono. Es cierto que muchas veces la lectura de libros es simplemente un refugio, y que algunos se encierran para leer en los momentos en que mejor sería dar la cara. Aunque en otros tiempos no muy lejanos las imágenes no hubiesen sido completamente sustituidas por las líneas impresas, se acentuaba fuertemente el carácter lineal, serial, razonado, de la comunicación, especialmente en la forma del libro, ápice y cima de la letra impresa. No todo el mundo leía libros, pero casi todo el mundo los miraba con cierto pavor; un hombre culto era un hombre «muy leído». Antaño se había venerado «el libro», supuesto depósito de sabiduría o de revelación, pero luego se respetaron los libros, en plural, cuantos más mejor. Todo parecía ocurrir para terminar en un libro. Daba tristeza haber leído «todos los libros», pero cuando emergía la realidad seguía siendo comparada con un libro: el libro de la Naturaleza, el libro de la vida.

Los granos de verdad no son más que granos. No es cierto que los libros hayan pasado a la historia, y es menos cierto aún que el lenguaje verbal ha sido desbancado en beneficio de otros no verbales. Nunca hubo tantos libros como aho-

ra en todos los sentidos: nunca se habían publicado tantos, vendido tantos, leído tantos. Muchas gentes, por cierto, no leen libros, pero ¿hubo tantas que los leyeron antaño? No sólo absoluta, sino también relativamente, los lectores de libros, incluyendo los jóvenes, son hoy más abundantes que nunca. Como otros muertos que los pesimistas profesionales asesinan sin cesar, los libros declarados fenecidos gozan de bastante buena salud.

¿Cómo explicar entonces la notoria indiferencia, o el declarado hastío, del joven estudiante ante una habitación forrada de libros? ¿Cómo entender el vago malestar del propio ocupante?

En primer lugar, porque esta habitación —si se toma «literalmente»— era como un símbolo del libro en cuanto libro, del libro puro, del libro como cumbre y pináculo de la cultura y de la vida humanas. Sin que el ocupante —que se limitó a hacinar buenamente sus volúmenes— se lo propusiera, su cubículo terminó por ofrecer un aspecto agobiador. He aquí, parecían proclamar esas retahílas de letra impresa, la apoteosis de la sabiduría. Pero ahí está la cosa: ¿por qué considerar que la sabiduría encarna necesariamente en libros? ¿Y por qué tiene que estar encarnada en «los libros que hay»? Unos libros almacenan sabiduría y otros tontería; unos rebosan conocimiento y otros ignorancia. Y aunque contuviesen sólo excelencias, la verdad es que no habría más que las que hay. Aun si nos emperamos en la librolatría, habrá que salir de nuestro cubículo —y de todo «cubículo»—; los libros hechos pueden hacernos olvidar los que cabría hacer, y éstos no pueden —o no deben— hacerse repitiendo simplemente aquellos. En la medida en que los libros hechos son todavía vivos, exigen entenderse, corregirse, interpretarse. Un libro sobre el cual no haya ya nada que decir es uno que sería mejor piadosamente olvidar.

En segundo lugar, y sobre todo, el actual desasosiego ante los libros en general es manifestación de un explícito desvío hacia cierto tipo de libros en particular. Son los libros que no son, ni aspiran a ser, más que libros, los

libros que le recuerdan a uno que son libros, los que parecen estar diciendo al lector que se bastan y sobran. No es menester que sean corpulentos, pero lo cierto es que tienden a la (ínútil) obesidad. La escasa inclinación, y hasta el poco respeto, que los jóvenes estudiantes sienten por estos libros-libros es meramente un reflejo de muy arraigados sentimientos que todos, o casi todos, sentimos en el presente. Casi todos, incluyendo muchos de los que seguimos armando volúmenes.

En una reciente conversación con José Luis Aranguren, nos preguntábamos por qué, tras haber dedicado tantos años y esfuerzo a escribir libros, sentíamos una vaga desazón, acompañada de muy escasas ganas de aumentar nuestras más o menos nutridas bibliografías. Concluimos probablemente que participamos de una especie de universal pereza intelectual, pero que esto no lo explicaba todo. La razón de más peso era que empezábamos a desconfiar del libro como libro, y que estábamos buscando otras «salidas». Una —la más radical— consistiría en volver la espalda a la escritura y en consagrarse a otras actividades, desde las políticas a las audiovisuales. Otra —más morigerada, y más en consonancia con nuestra edad, condición y competencia— consiste en transformar nuestra actividad como escritores. El hecho de colaborar regularmente en la prensa cotidiana no es entonces una casualidad: es una liberación. Con ello emergemos de nuestros cubículos, donde los libros, incluyendo los propios, amenazaban con ahogarnos. Podemos también salir a flote sin necesidad de renunciar a confeccionar libros, pero haciéndolos de tal suerte que dejen de ser ese peso muerto que el libro-libro está condenado a ser.

El libro no ha desaparecido ni está en camino de eclipsarse. Pero se halla en una encrucijada, y el que quiera defenderlo hará santamente en desmitificarlo.

J. FERRATER MORA

LOS «PIEDS-NOIRS»

AL fin y al cabo, un «pied-noir» ¿qué es, sino un exiliado? Y ha de serlo siempre, vaya donde vaya. Ciertos episodios de la recién liquidada descolonización africana han tenido esta consecuencia: la de «desarraigar» sin remedio a una considerable cantidad de gente. No podía ser de otro modo, desde luego. Los pueblos que conseguían emanciparse no estaban, de momento, en condiciones de ser excesivamente benévolos con los grupos «metropolitanos» insertos en su sociedad. En Argelia, por ejemplo, todo francés —o más todavía: todo europeo— tenía que parecer, a los ojos nativos, la estampa concreta del colonialismo. Aunque no fuera «colono», y aunque ni siquiera hubiese participado lo más mínimo en los beneficios de la depredación europea, el extranjero se convertía, por el simple hecho de ser extranjero, «europeo», en un elemento indeseable. Por su lado, el «pied-noir» se apresuró a huir. Abandonó su casa, malvendió sus bienes, hizo el petate y se largó. Quizá había tomado las armas o la palabra contra la reivindicación indígena. Una gran parte de los «pieds-noirs» militaron en la OAS, o simpatizaron con ella, y en todo caso, esperaban la absurda componenda de la «Algérie française». No eran unos antecedentes demasiado afectuosos para facilitar su «readaptación» a las nuevas circunstancias. Tuvieron que marcharse, y de prisa. Pero al «exilio».

Porque de eso no hay duda: la patria del «pied-noir» —en el sentido habitual de la palabra «patria»— es Argelia. Allí han nacido, allí han enterrado a sus muertos, allí crearon sus intereses, allí tenían montadas las dulces rutinas de cada día, allí calculaban la confianza de su futuro, allí mandaban. Si eso no es una «patria», ya me dirán ustedes lo que una «patria» es. El pequeño detalle de que todo ello estaba construido a costa de la multitud aborigen no les quitaba el sueño. Aquella tierra era la suya: su paisaje, su tradición, su dominio. Y, de pronto, se ven obligados a emigrar. ¿A Francia? Los que desembarcaron en Francia no tardaron en descubrir que la «metrópoli» les era literalmente «ajena». Aparte de la escasa amistad con que fueron acogidos, existía la abrupta evidencia de que se trataba de un domicilio improvisado y sin consistencia. Lo de menos era la identidad del idioma, de la bandera y de Juana de Arco. El nacionalismo francés no difería en una orilla y otra del Mediterráneo; pero la realidad «práctica» sí cambiaba. El «pied-noir» medio, más que francés, se sentía argelino. Argelino de «su» Argelia, naturalmente: de la Argelia francesa, o afrancesada. Tal vez no se sentía «compatriota» del moro insurrecto. No, indudablemente, no. Ahora bien, tampoco llegó, ni llega, a sentirse «compatriota» del francés del Hexágono.

Bien mirado, un «pied-noir» tenía otras razones para no acabar de sentirse francés. En el árbol genealógico de los europeos que invadieron Argelia a lo largo de los últimos cien o ciento cincuenta años, hay mucha sangre «alógena». Emigrantes de muy diversas latitudes acudieron al norte de África con las típicas

UN EXILIO DIFÍCIL

ilusiones del banquete colonial. La aportación demográfica catalana no fue la menor. Existe un admirable libro de mi amigo el profesor Antoni Seva —«Alacant, 30 mil "pieds-noirs"»— que explica minuciosamente el fenómeno: unas cifras memorables de valencianos y de menorquines pasaron a formar parte de los «ancêtres» de los euro-argelinos actuales. La señora madre del difunto Premio Nobel Albert Camus, sin ir más lejos, era de Mahón o de Ciudadela, y se llamaba Suredda, o algo por el estilo. Como es lógico, esta muchedumbre catalanoparlante que se metió en Argelia nunca levantó un gato por el rabo; quiero decir que no alcanzó grandes raciones de la bicoca colonial. Su presencia en el mecanismo del espolio francés se limitó a ejercer, básicamente, funciones subalternas, sudorosas y mediocrementemente remuneradas. Y se integraron, por descontento. Matizaron un poco el dialecto local, introdujeron el gusto por la sobrasada y por el pan quemado o la ensalada, y conservaron una ligera querenencia por los lugares pairales, como certifica —incluso hoy mismo— la asiduidad de barcos y aviones entre Orán y Alicante o Mahón. Pero, a la larga, se «afrancesaban»: se «francesizaban». Y ni eran carne ni pescado. Cuando sonó la hora de la fuga, ni Menorca ni el País Valenciano podían ser su hogar. Pero menos aún Francia.

Estas últimas semanas, he paseado un poco por el área turística del sur valenciano: Alicante, la Vila, Benidorm, Altea, Denia, Gandía, una franja litoral tremendamente cargada de clientes. Y no costaba ningún esfuerzo identificar la clamorosa presencia de los «pieds-noirs». No precisamente como «clientes», claro está. Todo lo contrario: los «pieds-noirs» regresados a estas comarcas —y digo «regresados» porque muchos son descendientes de aquí— han abierto tiendas y bares, restaurantes, peluquerías de señoras, penumbrosas whiskerías, discoteques, delikateessens y un sinnúmero de establecimientos titulados con barbarismos igualmente sugestivos. Se les reconoce por el apellido, en general celtibérico, combinado con apellidos gálicos; se les reconoce, sobre todo, por la fonética con que hablan el vernáculo y el francés, y a veces, el castellano. La fonética suele ser un indicio abrumadoramente traidor. El francés del «pied-noir» acostumbra a «sonar» de manera ignominiosa: no es ya el denostado acento del Midi, sino algo mucho peor, algo así como el Midi du Midi. Su «valenciano» ganguea y vacila: lo tenían bastante «rovelat». Y no digamos el español... No sé si son 30.000 los «pieds-noirs» reinstalados en torno a Alicante, como dice Antoni Seva, o si son más. Hasta hace cuatro días incluso publicaban un semanario en francés para su consumo estricto, y me parece que sostienen un «lycée» en el mismo Alicante...

Los «pieds-noirs» que han sentado sus reales en el País Valenciano no son «todavía» valencianos. No podrán serlo nunca. A lo sumo, sus hijos se transformarán en esa nueva espe-

cie nacional ambigua, cosmopolizante y sin conciencia electoral, que serán los «camareros» de costas soleadas. Camareros o tenderos; lo mismo da. Tampoco son franceses ya, y sin duda han decidido renunciar a serlo (documentación aparte). En una de las últimas mojigangas plebiscitarias de De Gaulle hicieron un aparatoso alarde del consabido «votad sí»; pero eso fue pura anecdota. Ciudadanos franceses o ciudadanos españoles, según lo que rece el pasaporte, los «pieds-noirs» son, en realidad, unos apátridas angustiosos: angustiados. No olvidan su Argelia uterina. Y no «pueden» pensarla políticamente como propia. Se acabó lo que se daba. Con el tiempo digerirán la nostalgia: la «añoranza». Ya lo decía mosén Cinto: «la malaltia dels cors transplantats a terra estranya». No sólo es un mal de catalanes, la «enyorança»... Y ahora, cuando observamos la implícita «angustia» de nuestros «pieds-noirs», empezamos a comprender las vacilaciones del pobre Camus, en los últimos meses de su vida. Camus se resistió a suscribir las protestas contra la guerra colonial de Argelia que, con tanto entusiasmo, firmaban los Sartre, los Aragon, los Picasso, los Robbe-Grillet, las Beauvoir, las Sagan... A diferencia de toda esta fauna, Albert Camus era «argelino».

¿Cuál era la «patria» de Camus? La pregunta tiene un cierto aire de bobada. No lo es. Albert Camus era un «intelectual», y entre los intelectuales la cuestión de la «patria» no se plantea del mismo modo que entre los comerciantes, los industriales o los ingenieros agrónomos. La «patria» primera de Camus era Pascal, Racine, Voltaire, Corneille, Villon, Montaigne, Gide, Valéry: una literatura. O quizás una lengua en función de una literatura. En definitiva, la metrópoli en su acepción más conspicua. Su segunda «patria» era la Argelia de su juventud y de sus recuerdos, la de sus padres y la de sus amigos: la «colonia» que, le gustase o no, constituía su mundo inicial. Potencialmente, Albert Camus tenía la pasta de un Ortiz, pongamos por caso. Y este Ortiz, digámoslo de pasada, procedía de Callosa d'en Sarrià o de Benidorm... Camus, por su planteamiento «étnico», tendía a ser materia prima de la OAS. Pero, en el fondo, tampoco dejaba de reconocer la justicia de la lucha de los «felagha», de los árabes y los bereberes nacionalistas. Entre los cuales, por cierto, no tenía un «sitio». A él le hubiese gustado una Argelia con Racine y con los moritos leyendo a Racine, y sin aduanas. Era su contradicción: Ni Sartre ni Aragon ni el resto de la nómina de firmantes estaban en condiciones de entender esa extraña vacilación. Sartre y los demás eran «franceses»; franceses del Hexágono, jacobinos con remordimientos accidentales, pero tan nacionalistas como Maurras o Bidault. No eran «pieds-noirs», como Camus... El «pied-noir» que ayer me servía una hamburguesa y una cerveza en Benidorm tal vez no era más que un Camus analfabeto. Daba pena.

Juan FUSTER

vallas metálicas galvanizadas ENTREGA INMEDIATA

LNA

COLL VALL

LEPANTO, 388
TELÉFONO 2560602
BARCELONA - 13

RESIDENCIA
UNIVERSITARIA
«AUGUSTINUS»
Cea Bermúdez, 59
RESERVA TU PLAZA
Tel. 4490200 (5 líneas)
Madrid-3

EQUIPOS COMPRESORES DE AIRE

URSUS

CON MOTOR ELECTRICO O DE GASOLINA

POTENCIA DE 1'5 A 20 CV.

1 AÑO DE GARANTIA

AUTOCESORIOS HARRY WALKER, S. A.
Infanta Carlota, 123-127 - BARCELONA-15